

bra de su espada, contra la doctrina augusta que contiene todo dogma y toda ley, y después de tan valerosos esfuerzos se han sentado tranquilamente en su solio aguardando los acontecimientos.

Los acontecimientos han venido.

“La doctrina de la Iglesia siempre contradicha, siempre atacada, ha sobrevivido, dice el P. Monsabré, á los esfuerzos conjurados de los herejes, de los filósofos y de los poderes públicos.”

“De pie como un gigante, mira con ojo sereno la espantosa confusión de los pigmeos que se agitan y desaparecen bajo sus piés vencedores. Ella hace pedazos entre sus dedos, los tratados, los libelos, los opúsculos y las cartas que la injurian y decretan su muerte. Ella rompe los nudos y las ligas con que los políticos rodean sus robustos brazos. Ella se ríe de los golpes con que los pontífices coronados hieren sobre el triple acero que cubre su pecho.”

La doctrina de la Iglesia se establece en la contradicción.

Preciso es entonces repetir: “El que vino del cielo está sobre todos y da testimonio de lo que ha visto y de lo que ha escuchado.”

La doctrina de la Iglesia está sobre el hombre

de palabra, sobre el hombre de pluma, sobre el hombre del poder, sobre las audacias de las pasiones, sobre las rebeliones del espíritu.

El es quien afirma así su propia doctrina contra todas las contradicciones: está arriba del tiempo y del espacio. Es El quien por su única y misteriosa penetración agrupa á los espíritus de todos los lugares y de todas las épocas en derredor de las mismas afirmaciones doctrinales. Ha visto y ha oído los más profundos misterios y es El quien dicta sus fórmulas sagradas.

Por eso esas fórmulas son sencillas, claras y al alcance de todas las inteligencias, grandes y pequeñas.

En una palabra, que resume todas estas consideraciones: la doctrina de la Iglesia es divina, luego Cristo es Dios; luego la doctrina que ha propagado en el mundo, anuncia su divinidad y la prueba al mismo tiempo.

GRAN MOTIVO PARA CREER EN LA DIVINIDAD DE CRISTO

La Iglesia Católica cree en la divinidad de Cristo y la Iglesia Católica es la tercera parte de la humanidad.

¿Pero existe un fundamento para esta creencia?

Entre los creyentes hay unos que no saben por que creen y otros que pueden dar razón de su fe.

Mujeres sin cultura, obreros sin instrucción, niños que no han penetrado todavía en los umbrales de la ciencia, se sentirán quizá embarazados para definir su fe en Cristo; pero responderán sin duda como responden siempre; yo no sé por qué creo, como no sé por qué y cómo respiro; lo que veo y lo que siento es que si hay en mí un átomo de bien, alguna abnegación, alguna virtud; que si soy fuerte contra mis pasiones y dueño de mí mismo; que si tengo resignación en el dolor y firmes, consoladoras esperanzas, todo eso lo debo á la fe en Cristo.

Esta simple respuesta de los ignorantes y de los sencillos es de admirable alcance; bastaría para confundir á la soberbia incredulidad.

Una doctrina, en efecto, no se prueba únicamente por las bases racionales en que descansa; tiene su justificación, no menos rigurosa, en los resultados sublimes que de ella derivan y en las virtudes que engendra en las almas.

Pero la Iglesia, la gran maestra de la doctrina,

tiene razones y motivos para fundar la fe en la divinidad de Cristo, que ha propagado desde su cuna y que no ha cesado de proclamar en el curso de su vida gloriosa.

Esos motivos pueden clasificarse en tres categorías.

Volviendo la mirada á los siglos que precedieron á Cristo, se puede contemplar que se iban desarrollando, poniendo en los labios de los hombres á quienes el cielo confiara misión para ello una palabra profética y despertando y manteniendo en el corazón de las multitudes una esperanza dulcísima.

Es decir, los siglos que precedieron á Cristo profetizaban al Mesías, á quien le llamaban Emmanuel, ó lo que es lo mismo, Dios con nosotros.

Si el Mesías profetizado era Cristo y si el Mesías había de ser Dios con el hombre, Cristo tenía que ser Dios.

Esta es la primera categoría de los motivos que aduce la Iglesia para fundar la fe en la divinidad del Redentor del mundo.

El segundo motivo no es menos luminoso.

Contemplando los siglos que han seguido á Cristo, se mira á la Iglesia Católica llenándolos con

el poder de su afirmación, con el esplendor de su doctrina y de sus virtudes, con la magnificencia de sus obras.

La Iglesia fundada, por Cristo, es una obra que el hombre no ha podido establecer, ni siquiera conservar.

Su maravillosa unidad, su santidad admirable, su existencia universal en el tiempo y en el espacio, su gobierno verdaderamente prodigioso en manos de una serie no interrumpida de Pontífices que han sucedido á los Apóstoles, son cuatro notas ó caracteres que le dan á esa obra un sello divino: no hay obra humana que ostente esos signos luminosos y radiantes.

Si la divinidad de la obra revela la divinidad del obrero, fácil es inferir que Cristo, que fué su artífice y su fundador, era un hombre en quien residía la divinidad.

Hay un tercer motivo.

Colocándonos en el centro de la historia, encontramos á Cristo.

El se declara Hijo de Dios, igual al Padre y Dios como El.

Abriendo los Evangelios, en los que está consignada la historia de Cristo, se advierten textos

precisos, bastantes para esclarecer á toda inteligencia no prevenida, los cuales ponen de manifiesto que en la intimidad, ante los hombres de letras, ante la opinión, Cristo se declaraba abierta y solemnemente Hijo de Dios.

Uno de esos textos recuerda la escena que pasó en el camino de Cesárea.

Cristo preguntaba á sus discípulos:—¿Quién dicen que soy yo?

Los Apóstoles respondieron:—Unos dicen que soís Jeremías, otros que Juan Bautista, otros que algún Profeta.

Y vosotros, ¿quién decís que soy? Pedro, entonces, responde Tú eres Cristo, el Hijo de Dios viviente.

Al hablar así, Pedro, sin duda, no hacía más que expresar la enseñanza que había recibido de Jesús. Esto era el resultado de la acción constante del Maestro sobre sus discípulos, para persuadirlos de quién era.

Dicen los enemigos de la fe, que Pedro, al hablar así, simplemente quiso manifestar que Cristo era un hombre como cualquiera otro, aunque un poco superior.

Tal interpretación no puede admitirse.

El texto agrega que Cristo, al escuchar la respuesta de Pedro, tomando un tono solemne, le dijo:—Dichoso tú, Pedro, que has hablado así, porque ni la carne ni la sangre, es decir, ninguna de las aspiraciones que salen de la humanidad miserable, reducida á carne y sangre, es la que te ha revelado lo que yo soy, sino mi Padre que está en los cielos.

Cristo agregó:—Por esto yo haré de tí el fundamento sobre el cual ha de descansar mi Iglesia, la piedra contra la cual no prevalecerán las potencias del mal.

En plena exégesis, la palabra de Pedro tiene que interpretarse como la explica la Iglesia, reconociendo en ella la filiación divina de Cristo.

Es Pedro quien habla, pero es Cristo quien aprueba y confirma esa palabra de Pedro, y de una manera tan extraordinaria, tan brillante, que no es posible dejar de atribuir á sus expresiones, tan grandes y tan solemnes, el sentido que la Iglesia les ha reconocido siempre.

Los racionalistas dicen que esa palabra debe entenderse en un sentido metafórico.

No tienen derecho para esa pretensión.

Cuando se trata de dar el sentido de la frase

que se encuentra en un libro que pertenece á alguno, que es propiedad de su autor, es preciso dirigirse á él, para que dé ese sentido, para que explique el alcance y valor de la frase.

El Evangelio es de la Iglesia, del seno de la cual ha salido al soplo del espíritu que en ella vive.

No es lícito, en consecuencia, no lo permite el derecho, no lo permite la historia, dar á las palabras del texto evangélico, sentido distinto del que la Iglesia, que es su propietaria, les ha dado siempre.

Y la Iglesia no cesa de repetir que Cristo ha afirmado siempre su filiación divina: lo ha dicho con una energía que nunca ha sufrido atenuación, y no es posible desdeñar esas aclamaciones universales que comienzan en el primer siglo y se continúan hasta nuestros días.

Desde la cuna del cristianismo hasta hoy, los Papas no han dicho otra cosa que lo que Cristo ha dicho, y, por consiguiente, cuando atestiguan que Cristo es hijo de Dios, repiten la palabra que Pedro recogió, el primero, de la boca de Jesús, venerable y santa, más allá de toda expresión.

Y esa enseñanza jamás se ha interrumpido: á la

crítica histórica y exegética le toca señalar el siglo ó el país en que haya habido esa interrupción; mientras no la señale, la declaración es válida y continua, y los cristianos tenemos derecho para sostener que la más grande luz para la interpretación del Evangelio es la Iglesia.

La palabra de Cristo, afirmando que es hijo de Dios, no es una palabra aislada, no es una palabra pronunciada solamente ante el tribunal que debía condenarle á muerte, es una palabra que no puede separarse de la vida, de la historia de Cristo, sin que esta historia y esta vida queden truncas, disminuidas ó falsificadas.

Los grandes hombres que han existido en el mundo han pronunciado grandes palabras: por sublimes que sean, pueden eliminarse, sin que ni el personaje, ni su historia queden truncas ó falsificadas.

Pero si esta palabra de Cristo, afirmando que es hijo de Dios, se elimina y se borra, tal eliminación haría desaparecer á Cristo: no habría Cristo, no habría un Hombre Dios, que vino á enseñar y redimir á la humanidad.

Estudiando la vida de Cristo, se ve uno obligado á reconocer que El vino á ejecutar una obra

propia, cuyo plan fué concebido por El, y que al fin quedó realizado á través de mil obstáculos y á pesar de todas las fuerzas que contra El se conjuraron.

Cristo vino á establecer, como se llama en el Evangelio, el Reino de Dios.

El reino de Dios es el grado supremo de la evolución universal de las cosas.

El mundo de hoy, la humanidad que hoy se agita en la tierra está impregnada, quiera que no, de espíritu de Cristo: El ha llamado á la humanidad al último grado de perfección. Podrá la humanidad rebelarse contra Cristo, pero no podrá sustraerse á él.

Arriba de la materia se agita la vida, y la vida no es más que la participación de la materia en una fuerza superior que se llama la fuerza vital: esta participación constituye un reino nuevo, superior á la materia inorgánica.

El reino animal no es más que la participación de la vida en una fuerza superior, que se llama sensibilidad.

El reino humano no es más que la participación de la fuerza animal en el pensamiento y en la voluntad del bien universal y en la libertad.

De la misma manera que la vida no es más que la participación de la materia en la fuerza vital, de la misma manera que el reino animal no es más que la participación de los seres vivientes en la fuerza animal, del mismo modo que el reino de la humanidad no es más que la participación de los animales en el pensamiento y en la libertad; el reino de Dios no es otra cosa que la participación de la humanidad que piensa, de la humanidad libre, en la vida misma de Dios.

Este reino, que consuma la evolución universal de las cosas, es la obra de Cristo.

Es evidente, entonces, que esta participación de la humanidad, en la vida de Dios, no podía realizarse, sino por aquel que tuviese á Dios en sí mismo, que fuese Dios.

Si, pues, se rehusa la afirmación que Cristo hizo, de ser Hijo de Dios, la obra de Cristo y su historia quedarán destruidas.

Cristo no sólo fué el fundador de esa obra divina que se llama el reino de Dios, fué también el legislador moral de la humanidad, que vino á promulgar la ley suprema y definitiva para los seres inteligentes y libres que quisieran entrar en su reino.

Los racionalistas quitan toda originalidad á la moral del Evangelio.

Nada más falso: una diferencia esencial distingue la ley de Cristo de cualquiera otra ley.

La ley de Cristo es la expresión rigurosa de la perfección absoluta, por eso pudo decir: "Pasarán los cielos y la tierra; pero mis palabras no pasarán jamás."

Los legisladores humanos no han podido ni hablar, ni obrar del mismo modo: sus leyes siempre tienen atenuaciones.

Moisés, legislador inspirado, toleraba el divorcio.

Mahoma tolera la poligamia, que la conciencia cristiana ha rechazado siempre como una vergüenza.

Cristo ordenó que se amase á los enemigos. Mahoma decía: Muerte á los infieles. Moisés gravó la ley en la piedra; Cristo la grava en la conciencia.

Para obedecer aquella ley, la de Cristo, ley sin atenuaciones, se necesita dar fuerza á las voluntades: esta ley ha sido obedecida. Claro es, entonces, que las voluntades humanas han recibido la fuerza necesaria para acatarla. Sólo un Dios puede dar esa fuerza.

Así es que el legislador que promulga la ley y da fuerza para cumplirla tiene que ser un Dios.

Gravar la ley en las conciencias no es obra humana.

Cristo ha ido más lejos: Cristo ha pedido á sus discípulos, al pueblo á quien evangelizaba, así como á todos aquellos á quienes trasmitió su ley, que creyeran en El como en Dios.

He aquí todo el principio de las leyes del Evangelio, el gran precepto de Cristo.

Un hombre no puede pedir á otro que crea en él de una manera absoluta, porque creer con una fe absoluta, es abdicar en manos de quien tal reclamación procede, es no tener pensamiento propio, es no tener voluntad propia, es entregarse sin reserva.

La individualidad es el último de los principios que consentimos en sacrificar.

El amor mismo que habla siempre de confianza absoluta, sin límites, se hace en esto una ilusión: nadie se renuncia á sí mismo.

No hay más que un ser que pueda pedir este sacrificio total: ese ser es Dios, y lo puede pedir, porque es la verdad absoluta, la fuerza absoluta, la perfección absoluta.

Si Cristo en el mundo exigió del hombre esta

fe sin reserva, y si la humanidad en el curso de los siglos ha respondido creyendo, de un modo absoluto, preciso es convenir en que ese Cristo era Dios.

Hay otro rasgo que muestra la divinidad de Cristo.

Cristo ha sido perseguido por el odio más grande que se conoce en el mundo, el odio religioso. ¿Porqué se le ha perseguido con ese odio? ¿Porqué en el fondo de la vida de Cristo se descubre un drama?

La historia lo proclama sin sombras: porque Cristo se llamó Hijo de Dios.

Es decir, el Evangelio y la historia establecen que la verdadera razón por la cual Cristo fué condenado á muerte, fué porque se llamaba Hijo de Dios.

Si los incrédulos niegan esta verdad, tienen que negar la verdad del drama que puso término á la vida de Cristo.

Pero los testimonios que enseñan esta verdad son indestructibles é invencibles.

No solamente Cristo se declaró hijo de Dios, sino que se dió con solemnidad profética los atributos incommunicables de Dios.

“Me veréis, decía al gran Sacerdote, sentado á la diestra de Dios y viniendo sobre las nubes.”

¿Qué crítica, dice el P. Didon, podrá prevalecer contra la evidencia, contra la solemnidad de tales declaraciones.

No se les puede negar, sin negar la historia: si se les acepta, no se les puede comprender. No tienen sentido más que para los creyentes que reconocen en Cristo no solamente á un hombre, sino al hijo único de Dios.

En consecuencia, es un hecho histórico, innegable, indestructible, la afirmación de Cristo, declarando su divinidad ó su filiación divina, en igualdad absoluta con el Padre.

Esta declaración es de una eficacia incomparable, por el tenor del testimonio y por el valor del testigo.

En rápida frase examinaremos esas dos circunstancias.

Cristo ha declarado su divinidad ó su filiación divina: esto es un hecho histórico, innegable, indestructible.

Y esa declaración que brotó de los labios de

Jesús, no era una simple palabra desprendida de su enseñanza y de su vida, sino que formaba parte de su enseñanza y de la obra que vino á realizar en la tierra; era el nudo de todo el drama de su existencia heroica y divina.

Pero es preciso examinar esa afirmación, hacer, como hoy se dice, la crítica racional de esa palabra.

La fe no es una marcha ciega y pasiva de la razón: todo hombre antes de creer, debe examinar los motivos que tiene para creer.

La humanidad no se ha sometido como un dócil esclavo á la afirmación que hizo Cristo: la humanidad posee hombres que piensan, que saben, y estos hombres han examinado, con crítica severa, el testimonio de Cristo.

Si esa palabra tiene valor, la razón debe aceptarla; si no lo tiene, su deber es repelerla.

El examen crítico de un testimonio entraña dos cuestiones: la una relativa al tenor del testimonio, la otra relativa al valor del testigo.

Si un testigo afirma algo absurdo, contradictorio ó inconcebible, estamos en nuestro derecho para rechazarlo sin misericordia.

Cristo ha afirmado su filiación divina, es decir,



ha afirmado la unión de la naturaleza divina con la humana en una misma persona; ó lo que es lo mismo, el tenor del testimonio está reducido á afirmar que en una misma persona se han unido dos naturalezas.

El hombre no puede comprender ese prodigio; su inteligencia limitada no le permite explicarse esa unión de dos naturalezas en una misma persona; pero evidentemente esa afirmación nada tiene ni de contradictorio, ni de absurdo.

Si Cristo hubiera afirmado que en su persona estaban *confundidas* dos naturalezas, habría derecho para que la razón humana se rebelase contra esa afirmación.

Pero no se trata de *confusión*, se trata de *unión* de dos naturalezas en una misma persona, que fuese al mismo tiempo Dios y hombre.

En esto hay mucho de incomprensible, pero nada de absurdo.

Lejos de ello, la inteligencia humana encuentra razones de conveniencia y de armonía en la unión de esas dos naturalezas.

Basta, para descubrir esas razones, considerar la naturaleza del hombre, la de Dios y las leyes generales del universo.

El hombre, en el fondo, es un movimiento incoercible hacia lo infinito; el hombre no se detiene jamás; busca siempre más perfección, más amor, más verdad.

Ese es su carácter y su privilegio, y es también su gloria, porque de ese modo es el rey que va siempre agrandando la creación.

Si esto es así, si la experiencia individual lo acredita, si la historia del mundo lo pregona, no es de admirarse que la afirmación de Cristo, asegurando que en su persona se ha realizado la unión más alta de la naturaleza humana con la divina, haya encontrado eco en la conciencia del hombre.

Al escuchar esa afirmación, el hombre ha sentido que podía ver, oír y tocar á Dios, es decir, que quedaba satisfecha su aspiración esencial.

Por parte de Dios no es menos profunda la armonía.

Dios es conocido con un nombre que revela su naturaleza, mejor que pudieran hacerlo los sistemas de la filosofía humana.

Los paganos le llamaban *Optimus* ó lo que es lo mismo, la bondad llevada al grado más alto; y los cristianos le llamamos *Padre* es decir la bondad personificada.